

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Sarmiento, Mitre y la construcción de Argentina como nación blanca.

Garguin, Enrique.

Cita:

Garguin, Enrique (2009). *Sarmiento, Mitre y la construcción de Argentina como nación blanca. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1061>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Sarmiento, Mitre y la construcción de Argentina como nación blanca

Garguin, Enrique

“Somos una nación blanca”, escribió el historiador revisionista Ernesto Palacio en *La historia falsificada* (1938), un libro que tenía el objetivo explícito de denunciar la manipulación político-ideológica realizada por la historiografía “oficial”, de corte liberal. Sin embargo, la idea de Argentina como nación blanca tenía un claro pedigrí liberal: constituye un caso de “etnicidad ficticia” (Balibar) particularmente exitosa, crecida al calor de los esfuerzos de la elite liberal decimonónica por construir una nación distinta tanto de la metrópolis española como del resto de las república latinoamericanas. Desde entonces, historiadores de distinta inspiración ideológica han jugado un papel no menor en la construcción y difusión de un imaginario nacional fundado en el origen europeo de la Argentina que ha permanecido prácticamente indiscutido a pesar de las obvias y numerosas exclusiones que conlleva.

Así, J.L. Romero pudo escribir que ya en vísperas de 1880 Argentina era “un país de predominante población blanca y resuelto a seguir las huellas de la civilización europea”.¹ Y en una mesa-debate sobre discriminación desarrollada en 1970, el historiador Leandro Gutiérrez pudo decir (luego de señalar que en Argentina “el problema racial” no era “tan agudo” como en otros países latinoamericanos) que, al menos “hasta fines del siglo XVIII, las clases populares de América Latina eran, salvo en el caso de la Argentina, fundamentalmente agrarias y estaban integradas por indígenas y negros, y, en las ciudades, por mestizos”.² Gutiérrez no dice explícitamente que el territorio de lo que sería Argentina era, en el siglo XVIII, predominantemente urbano y blanco, pero lo da a entender al distinguirlo de las sociedades predominantemente rurales integradas por indígenas, negros y mestizos. Puede constituir una mera anécdota, pero considero que refleja bien la profundidad adquirida por esa imagen de nación blanca que, elaborada especialmente en el

¹ J. L. Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Ediciones Nuevo País, 1987, p. 12.

² José Isaacson y otros, *Discriminación y marginalidad social en Latinoamérica*, cuaderno de Comentario, publicación del instituto judío argentino de cultura e información, #72, mayo-junio de 1970, pp. 17 y 19.

Buenos Aires del siglo XX, extiende su representación a todo el territorio y a todas las épocas, cristalizando en mitos de origen prácticamente indiscutidos, como el de haber descendido de los barcos.³

El mito de la homogeneidad blanca de la población Argentina llegó a consolidarse de tal manera que se transformó en un tema tabú para gran parte de la intelectualidad, y la “raza” quedó en el lugar de un objeto no problematizado por la disciplina histórica durante la mayor parte del siglo XX. No fue sino hacia los años ochenta que este mito tan poderoso empezó a ser deconstruido. George Reid Andrews ha demostrado que los afro-argentinos no desaparecieron a fines del siglo XIX a causa de la fiebre amarilla y las guerras, como sostenía el relato canónico, sino que fueron invisibilizados por las representaciones sociales dominantes de la nación.⁴ Lo mismo puede argumentarse en relación con los pueblos originarios.⁵ Por otra parte, algunos antropólogos han resaltado y problematizado el sentido profundo de la “blancura” implícita en el imaginario dominante en la Argentina contemporánea.⁶ En ocasiones realizan pequeñas incursiones históricas para rastrear las raíces de los que Briones llama “formaciones nacionales de alteridad”,⁷ señalando aspectos claves de su construcción histórica. Sin embargo, al no poner el proceso histórico en el centro de su investigación, y dada la escasez de estudios históricos sobre el tema, puede observarse que dichos señalamientos, aunque abren caminos de indagación sumamente productivos, no han ido más allá de la formulación de hipótesis generales que conectan de

³ Tan profundo ha arraigado ese mito en el siglo XX que, amén del chiste que compara las descendencia peruana y mexicana de Incas y Aztecas con el “hecho” de que los argentinos descendemos de los barcos, pueden mencionarse, sin ninguna pretensión de exhaustividad, dos canciones compuestas por “clásicos” del rock argentino: “Llegamos de los barcos”, de Litto Nebbia y otra más reciente de Alejandro Lerner que afirma la misma identidad; más recientemente, el primer spot publicitario de la campaña electoral de 2009 de De Narvaez, el discurso de la presidenta Cristina Fernández en el Colegio Nacional de La Plata y el ya célebre de Cleto Cobos anunciando su voto no positivo, en todos los cuales se liga implícita o explícitamente la ascendencia del político enunciador, el trabajo honrado, el progreso y la misma identidad nacional con la inmigración.

⁴ Andrews, George Reid, *Los afroargentinos de Buenos Aires*. Buenos Aires, de la Flor, 1990.

⁵ Quijada, Mónica, De mitos nacionales, definiciones cívicas y clasificaciones grupales. Los indígenas en la construcción nacional argentina, siglos XIX y XX. En W. Ansaldo, coord., *op.cit.*, 2004: 425-450.

⁶ Segato, R.L. (1998) “Alteridades históricas/identidades políticas: una crítica a las certezas del pluralismo global”, *Série Antropologia* 234, Departamento de Antropologia, Universidade de Brasilia; Joseph, G. (2000). “Taking Race Seriously: Whiteness in Argentina’s National and Transnational Imaginary”, *Identities* 7 (3), pp. 333-371; Guano, E. (2003), “A Color for the Modern Nation: The Discourse on Class, Race, and Education in the *Porteño* Middle Class”, *Journal of Latin American Anthropology* 8 (1), pp. 148-171; Briones, C. (2005) “Formaciones de alteridad: contextos globales, procesos nacionales y provinciales”, en C. Briones, ed, *Cartografías argentinas: Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*, Antropofagia, Buenos Aires: 11-43.

⁷ *Idem*, p. 20.

manera directa el proyecto de blanqueamiento de fines del siglo XIX con el problema de la “formación racial” en la actualidad, dando involuntariamente la sensación de que las formaciones nacionales de alteridad constituyen hechos indisputados e inmutables.

Para evitar esta naturalización, considero necesario deconstruir la propia noción de “blanco-europeo”, puesto que, sin duda, en Argentina al igual que en Norteamérica, “la propia noción de blancura ha sido objeto de todo tipo de disputas y ha atravesado por diversas vicisitudes históricas”.⁸ El objetivo, entonces, es reconstruir tales vicisitudes al interior de una forma particular de discurso: el historiográfico, considerado no sólo como lugar privilegiado de construcción de la identidad nacional, sino también como uno en el que las percepciones raciales se entrelazan con la organización espacial y temporal del mundo social. Se enfocará así en los diversos modos en los que raza y etnicidad, espacio y lugar, tiempo e historia fueron organizados en representaciones más o menos coherentes de la nación por parte de variados (y frecuentemente enfrentados) discursos históricos en distintos momentos entre mediados del siglo XIX y mediados del XX.

La historiografía se inscribe así en procesos mayores, colaborando con la invención e imposición de representaciones sociales que por medio de inclusiones y marcaciones selectivas naturalizan una posición como *norma* al tiempo que construyen *otros* internos y externos. El trabajo intenta mostrar cómo esta construcción de otredades corre en forma paralela a la definición de la historicidad como ámbito privilegiado de los acontecimientos relevantes protagonizados por los *hombres blancos de la elite*. De tal forma, hipotetizo, los discursos historiográficos naturalizan como norma una región (la pampeana) y diversos grupos étnicos implícitamente racializados (blanco-europeos), que son al mismo tiempo contruidos como modernos, civilizados, masculinos e históricos en oposición a *otros* internos que resultan explícitamente racializados y regionalizados (los habitantes del interior, vistos a un tiempo como obstáculo presente de la nación y/o como efectos residuales de un pasado atemporal, frecuentemente asociado con la naturaleza).

El trabajo que propongo en esta ocasión (momento inicial de un proyecto de más largo aliento) intenta un ejercicio de deconstrucción del tópico de la blancura argentina, comenzando por algunos escritos históricos de Domingo Faustino Sarmiento y Bartolomé

⁸ Jacobson, M. (1998). *Whiteness of a Different Color. European Immigrants and the Alchemy of Race*, Harvard University Press, p. 4.

Mitre. El objetivo es analizar la conformación de modos de conciencia histórica en los debates y prácticas que subyacen a la construcción de la nacionalidad argentina. Para ello se comienza por problematizar la conformación histórica de las categorías que construyen una identidad blanco-europea como supuesto de la argentinidad.

Pensar Argentina como desierto

El mito del origen europeo de la población argentina resulta inseparable de los esfuerzos decimonónicos por pensar la Argentina como diferente del resto de las naciones latinoamericanas –que, según los marcos conceptuales de la época, encontraban serias dificultades para ser incluidas dentro de las sociedades civilizadas y con proyección de futuro. Pero bastante antes que la construcción de una idea clara de la Argentina como nación blanca-europea, y como uno de sus presupuestos, se consolidó una ideología proinmigratoria que, nacida con el propio siglo XIX fue cabalmente articulada (y llevada a la práctica con políticas concretas) por la generación del 37.⁹ Según Halperin Donghi, incluso contemporáneamente a la independencia se dio en el Río de la Plata “un consenso más completo que en otras comarcas españolas de América” en torno a la inmigración. Tal consenso apenas sufrió “reticencias y disidencias parciales y efímeras” hasta bien entrado el siglo XX¹⁰ y, junto con el impacto provocado por la propia inmigración entre los años 1860s y 1930, estimuló la construcción de una definición nacional en la que el componente blanco-europeo ocupará un lugar central cuando no excluyente.

Prácticamente desde los comienzos mismos de la tambaleante y lenta construcción de la nación, entonces, la inmigración aparece como un factor fundamental de la misma – así no sea más que como proyecto-, tanto en términos económicos y sociales como políticos y culturales. Bernardino Rivadavia la proponía en 1818 como “...el medio mas eficaz, y acaso único, de destruir las degradantes hábitos españoles y la fatal graduación de castas, y de crear una población homogénea”.¹¹

⁹ Tulio Halperin Donghi (“¿Para qué la inmigración? Ideología y política inmigratoria en la Argentina (1810-1914)”, en *El Espejo de la Historia. Problemas argentinos y perspectivas hispanoamericanas*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1987, 189-238) sintetiza el proyecto de la generación del 37 –que tenía en su centro el fomento de la inmigración pero que lo excedía con mucho y constituye todo un proyecto liberal progresista de adopción de la civilización europea.

¹⁰ *Id.*, p. 191.

¹¹ Cit. en *Idem*, 196. “La alusión a la ‘fatal graduación de castas’ –continúa Halperin- tendrá eco limitado entre los autores más tardíos (que la inmigración debe ser blanca y europea será entre ellos un valor

Los proyectos inmigratorios y su considerable éxito durante las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX son sin duda relevantes para la consolidación de la idea de Argentina como nación blanca, pero como vimos, no es infrecuente que se considere a la población del país como de origen europeo incluso antes de que arribe a sus costas el aluvión inmigratorio. ¿Era así visto por los contemporáneos? Y de ser así, ¿qué significado tenía la noción de raza blanca? ¿cómo se definía lo blanco? ¿cómo lo europeo? En los últimos años ha cobrado mayor relevancia el estudio de los discursos raciales y se ha ligado el racismo actual y la “formación nacional de alteridad” con los padres fundadores de la Argentina moderna. Con anterioridad, algunos intelectuales peronistas, particularmente Jauretche, habían denunciado el “colonialismo mental” y el racismo de la *intelligentsia* y, en particular, de Sarmiento. En el siguiente apartado se analiza la obra que Sarmiento dedicó específicamente al tema racial, en contrapunto con su célebre *Facundo*.

“Seamos Estados Unidos”¹²: Sarmiento o el lado oscuro de la civilización

Conflicto y armonías de las razas en América (1883) es uno de los últimos trabajos de Sarmiento (de hecho, su segundo tomo quedó apenas esbozado) y puede considerarse un producto de la vejez y el desencanto. Seguramente no es su trabajo más lúcido ni tampoco el más influyente¹³, pero es sin duda uno de los textos en que más claramente se intentó

entendido, pero preferirán subrayar las ventajas culturales, antes que las étnicas, de la inmigración de ese origen; cuando la oleada de racismo finisecular finalmente alcance a la Argentina el reticente alegato en favor de la homogeneidad étnica se transformará en una clamorosa afirmación de la superioridad racial (blanca). En cambio el de la inmigración como agente destructor de ‘las degradantes habitudes españolas’ llegará a ser uno de los temas dominantes de la nueva ideología pro inmigratoria.” (*Ibidem*)

¹² Con esta frase concluye lo que, probablemente, constituyeran las conclusiones del segundo volumen de *Conflicto y armonías*: “Lleguemos a enderezar las vías tortuosas en que la civilización europea vino a extraviarse en las soledades de esta América [...] La América del Sur se queda atrás y perderá su misión providencial de sucursal de la civilización moderna. No detengamos a los Estados Unidos en su marcha; es lo que en definitiva proponen algunos. Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos América [...]. Seamos Estados Unidos”. *Conflicto y armonías de las razas en América*, Bs. As., Intermundo, 1946, p. 357 (salvo aclaración, las citas pertenecen a esta edición).

¹³ José Ingenieros sí lo creyó de importancia capital, no sólo por considerarlo representante cabal del pensamiento de Sarmiento, sino también por ser su trabajo que mejor se adaptaba a la concepción positivista de las ciencias sociales, tal y como Ingenieros las entendía. Ver Ingenieros, “Las ideas sociológicas de Sarmiento”, en Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas en América*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1915, pp.7-40. Ingenieros no ahorra elogios para Sarmiento, considerando que “fue un verdadero filósofo de la historia”, siendo *Facundo* y *Conflicto* obras de “indudable interés sociológico” (8): “intentó Sarmiento volcar en los odres nuevos de la sociología el añejo vino de la historia”. Y agrega, citando al propio Sarmiento, que “tal fue «el plan de *Conflicto*, que no hace historia, sino que pretende explicar la historia»” (en *Obras Completas*, XXXVIII, p. 3, cit en Ingenieros, p. 9)

aplicar el pensamiento sobre las “razas” para interpretar la realidad argentina y latinoamericana, razón por la cual está siendo revisitado por algunos estudiosos, particularmente anglosajones.¹⁴ En *Conflicto y armonías*, Sarmiento reelabora sus ideas desarrolladas desde su juventud, particularmente en el *Facundo* (1845), acerca de la dicotomía-implicación civilización/barbarie y del rol de la educación y la inmigración europea como las dos columnas de su proyecto civilizatorio.¹⁵ En una carta a Mrs. Mann – viuda del educador norteamericano, Horace Mann-, Sarmiento escribió:

“tiene la pretensión este libro [*Conflicto y Armonía*] de ser **el *Facundo* llegado a la vejez**.... Es o será, si acierta a expresar mi idea, **el mismo libro, científico**, apoyado en las ciencias sociológicas y etnológicas modernas, **revistiendo mi pensamiento, para hacerlo aceptable, con la autoridad de una gran masa de escritores** antiguos sobre las colonias españolas, y modernos sobre la historia contemporánea.”¹⁶

Según sus palabras, entonces, *Conflicto y armonías* era el mismo libro que *Facundo*, hecho “aceptable” mediante la utilización de las ciencias y autores modernos.¹⁷ La noción de raza

¹⁴ Aline Helg (“Race in Argentina and Cuba, 1880-1930”, en Richard Graham (ed.) *The Idea of Race in Latin America*, Austin, University of Texas Press, 1990. Helg reconoce que Sarmiento, al igual que Bunge e Ingenieros “trascend the mere reproduction of European theories” (39), y señala algunas de las tensiones que caracterizan el pensamiento racial de Sarmiento. Sin embargo, no profundiza el análisis lo suficiente para percibir las causas e implicancias de tales peculiaridades y parece conformarse con sólo mostrar que en la Argentina finisecular tres de sus principales intelectuales fueron racistas. Ver su artículo, no obstante, para una descripción sintética de las caracterizaciones más crudas de las “razas inferiores”, así como de cierto anacronismo perceptible en el hecho de que estos autores enfocaran sus lecturas en las razas en momentos en que la política Argentina comenzaba a centrarse, en cambio, en el problema de los inmigrantes europeos. También es interesante su hipótesis ligando estos escritos racistas con la reacción chauvinista contra los inmigrantes liderada por quienes, en muchos aspectos, estaban intelectualmente en las antípodas de los primeros.

¹⁵ Para las ambigüedades y tensiones en *Facundo*, ver Maristella Svanpa, *El Dilema Argentino: “Civilización o Barbarie”*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1994, quien muestra cómo conviven de manera compleja una relación de exclusión (civilización o barbarie) con otra de implicación recíproca (civilización y barbarie) y que mientras por momentos Sarmiento apuntaba a la exclusión de la constitución real, bárbara, del país, en otros muchos mostraba un carácter inclusivo que, no obstante, podía dirigirse a una superación en un futuro civilizado. “Discurso sobre una historia que vehiculizaba una práctica de la exclusión, la imagen [civilización/barbarie] fue sin duda uno de los instrumentos esenciales de la construcción liberal. Pero la formula proyectaba también una perspectiva integracionista dentro del Nuevo proyecto socio-histórico. El orden que en nombre de la civilización fue instaurado apuntaba, entre otras cosas, a la apertura a la inmigración europea y a la inserción del país en el Mercado mundial. Ella evocaba también por la vía de la educación, como ideal reformador de la población y del progreso general, un principio de integración de todos los habitantes de la nueva sociedad.” *Id.*, p.44. Las tensiones inherentes al discurso de Sarmiento se simbolizan en el par conceptual del título: civilización y barbarie. Principalmente leída como una oposición, la imagen estaba de hecho en tensión con la idea inclusiva de implicación, sugerida por el uso del “y” en lugar del “o”. *Id.*, p. 54.

¹⁶ Carta a Mrs. Mann, diciembre 19, 1882, citado en Ingenieros, *op.cit.*, 9-10 (subrayado mío)

¹⁷ “*Facundo* era la descripción del conflicto entre el pasado, colonial y bárbaro, y el porvenir, argentino y civilizado. *Conflicto* es la explicación de aquellas cosas admirablemente descriptas. En el primer caso, el

aparece claramente como uno de los principales conceptos que intentaban adscribir el libro dentro de las últimas corrientes en ciencias sociales. “El añejo vino de la historia” volcado “en los odres nuevos de la sociología”, como sostuvo Ingenieros. Pero el concepto de raza es algo más que un mero agregado para legitimar viejas ideas; el viejo vino no permanece idéntico a sí mismo luego de pasar por los nuevos odres raciales. Si en *Facundo el medio* (que es tanto geográfico como social) constituyó el principal terreno sobre el que Sarmiento construyó sus ideas sobre la historia y la sociedad, el cambio a *raza* como concepto articulador en *Conflicto y armonías* tuvo mayores implicancias. En sus escritos de juventud, la lucha entre civilización y barbarie era también una lucha histórica entre el pasado despótico y un futuro republicano; una lucha entre el campo y la ciudad en la que la última estaba prácticamente predestinada a prevalecer: “la civilización europea es tan fuerte allí que ha despecho de las brutalidades del gobierno, se ha de sostener”, y la ciudad de Buenos Aires “concluirá al fin con educar a Rosas”.¹⁸ Cuarenta años después, Sarmiento ha visto a Rosas derrotado por la ciudad; pero estaba viendo también que las medidas progresivas tomadas por los distintos gobiernos post-Caseros no parecían suficientes para poner a la Argentina en el lugar en que el joven Sarmiento había soñado.¹⁹

En *Facundo*, la raza no ocupa ningún lugar central aunque, en un segundo plano, suelen aparecer ciertos rasgos étnico-raciales como complemento de los elementos centrales: la geografía, la cultura, el nivel evolutivo de civilización alcanzado. Así, *Facundo* es caracterizado como “provinciano, bárbaro” (pero no mestizo) y Rosas como “hijo de la culta Buenos Aires” (pero no blanco).²⁰ *Facundo* es “expresión fiel de una manera de ser de un pueblo”; “una manifestación de la vida argentina tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno”.²¹ Y al reclamar el estudio científico que faltaba a la Argentina para comprender sus fenómenos sociales (un Tocqueville, aún no un Spencer ni

filósofo de la historia lo es sin saberlo; en el segundo, aspira a serlo conscientemente” (Ingenieros, *op. cit.*, 9).

¹⁸ Sarmiento, *Facundo*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1961 (con Prólogo de Alberto Palcos), pp. 78 y 70 (también citado en Iglesias, *Sarmiento: Primeras imágenes urbanas*, p.36)

¹⁹ “... hemos hecho bastante camino, dejando por lo menos de estar inmóviles [...] Nuestros progresos, sin embargo, carecen de unidad y de consistencia. [...] Para nuestro común atraso sud-americano avanzamos ciertamente; pero para el mundo civilizado que marcha, nos quedamos atrás. [...] / Y vive Dios! Que en toda la América española y en gran parte de Europa, no se ha hecho para rescatar a un pueblo de su pasada servidumbre, con mayor prodigalidad, gasto más grande de abnegación, de virtudes, de talentos, de saber profundo, de conocimientos prácticos y teóricos” (*Conflictos*, pp. 10-12).

²⁰ *Facundo*, p. 9.

²¹ *Idem*, p17.

un Le Bon), señala que tal estudio debería revelar el “misterio de la lucha obstinada que despedaza” la Argentina, y agrega:

“hubiérase asignado su parte a la configuración del terreno, i a los hábitos que ella enjendra; su parte a las tradiciones españolas, i a la conciencia nacional, íntima, plebeya, que han dejado la Inquisición i el absolutismo hispano; su parte a la influencia de las ideas opuestas que han trastornado el mundo político; su parte a la **barbarie indígena**; su parte a la **civilización europea**; su parte, en fin, a la democracia consagrada por la revolución de 1810, a la igualdad, cuyo dogma ha penetrado hasta las capas inferiores de la sociedad”.²²

Aquí se mencionan, en un plano algo marginal, las adscripciones étnicas de la barbarie (indígena) y la civilización (europea); pero mientras en *Conflictos* las razas aparecerán como sujetos y primeros determinantes de la oposición civilización y barbarie, en *Facundo* indígena y europeo aparecen como adjetivos. Carácter complementario que, sin embargo, no debe hacernos pasar por alto el hecho de que se presentan como adjetivos obvios, casi como redundancia: la civilización es y sólo puede ser europea; lo indígena no puede ser sino bárbaro. Esta presencia de cierta noción de raza en *Facundo* lleva a Ingenieros a afirmar:

“Asoma ya en *“Facundo”*, bien definido, el conflicto de razas que más tarde solicitó especial atención de Sarmiento. La lucha entre las ciudades y las campañas tenía una significación étnica precisa. En las ciudades predominaba el elemento europeizado [...]; en la campaña primaba el elemento indígena [...]. El conflicto de las razas en América se manifiesta por el distinto grado de civilización alcanzado por esas dos sociedades que coexistían: la una de tipo europeo predominante y la otra de tipo acentuadamente indígena” (15)

Sin embargo, no podemos pasar por alto que esta es la lectura de un Ingenieros particularmente preocupado por el “problema de las razas” y que escribe luego de la publicación de *Conflicto y armonías*. Como vimos, es dudoso que “el conflicto de razas” estuviese ya “bien definido”; pero cierta presencia fantasmal es indudable y, quizá esto sea más importante para el largo plazo, constituye un indicio de un modo (fuertemente racializado) de leer la dicotomía civilización/barbarie una vez que la noción de razas impregnó con fuerza la conciencia histórica de amplios sectores de la población.²³ La principal metáfora para esa lucha “entre los últimos progresos del espíritu humano i los

²² *Idem*, p 11.

²³ Así se ve no sólo en Ingenieros, sino también en las críticas que Jauretche descargó contra los sectores medios antiperonistas: “La tilingüería racista no es de ahora y tiene la tradición histórica de todo el liberalismo. Su padre mas conocido es Sarmiento, y ese racismo está contenido implícitamente en el pueril dilema de “civilización y barbarie”. Todo lo respetable es del Norte de Europa, y lo intolerable español o americano, mayormente si mestizo”. Arturo Jauretche, *El medio pelo en la sociedad argentina*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1982, pp. 357-8.

rudimentos de la vida salvaje”, en definitiva, será referida en *Facundo*, principalmente como la lucha entre dos ámbitos geográficos, entre “las ciudades populosas i los bosques sombríos” (11), pero esos medios en los que se desenvolvían dos estilos de vida completamente diferentes no dejaban de tener connotaciones étnico-raciales, y nunca dejarían de tenerlas.

Durante los años transcurridos hasta la escritura de *Conflicto y armonías*, Argentina experimentó grandes transformaciones de sentido modernizador, tanto en la economía como en la sociedad. Pero la desilusión de Sarmiento se centraba en la política. La existencia casi ubicua de asociaciones informales lideradas por caudillos y las prácticas electorales dirigidas por matones plebeyos, con una elite en buena medida apartada del sufragio —aunque liderando su desarrollo desde arriba—distaban mucho de acercarse siquiera al ideal republicano que Sarmiento creía haber visto en los Estados Unidos: el ciudadano consciente que participa del proceso electoral siguiendo el mandato de la razón. El desencanto lo llevó a buscar causas más profundas:

“... la persistencia con que aparecen los males que creímos conjurados al adoptar la Constitución federal, y la generalidad y semejanza de los hechos que ocurren en toda la América española, me hizo sospechar que la raíz del mal estaba a mayor profundidad que lo que accidentes exteriores del suelo lo dejaban creer”.²⁴

Y esas causas creyó encontrarlas con la ayuda de categorías raciales, más rígidas que el medio. No obstante, dos elementos limitaban el carácter absoluto tanto de su desencanto como del esencialismo racial. En primer lugar, el concepto de raza de Sarmiento era aún considerablemente histórico y ambiental más que biológico y esencial. Así, junto a multitud de expresiones en que deja en claro su predilección por la raza anglosajona, a la que considera “superior” sin tapujos, podemos encontrar airadas protestas contra quienes niegan de plano toda posibilidad de democracia, vida civilizada y progreso a otras razas por las que él mismo no ocultaba su desagrado:

“Se llega hoy hasta atribuir a la raza sajona una aptitud especial para el gobierno libre, que se complacen en negarle a la latina. A más de tener su cuna en Atenas la libertad democrática y la patricia en Roma [...], va mostrándose practicable en Francia a fuerza de caídas y de golpes.

“Es claro que siete siglos de libertad garantida a la Inglaterra por sus Cartas y dos o tres siglos de luchas y de victorias para conservarlas, han debido hacer hereditaria en aquella raza [...] la aptitud para el gobierno libre,

²⁴ *Conflicto*, p. 10.

el *self government*. Pero la libertad moderna es un mecanismo institucional, un arte; y ese arte se aprende y lo están aprendiendo todos los pueblos modernos, la Italia, la España, el Austria, la Bélgica, etc.”²⁵

En segundo lugar, las ambigüedades del viejo modelo presentado en *Facundo* continuaban latentes en *Conflicto y armonías* y reaparecían en el primer plano de la escena de tanto en tanto. Esto incluía tanto la posibilidad de civilizar al bárbaro (de europeizar al mestizo, si no al indígena), como la contraparte evolucionista de esa fe progresista: la barbarie y lo no europeo eran tanto contemporáneos poco auspiciosos a vencer, como un pasado superado o a superar:

“Pero lo que por demasiado sencillo y por ser de ordinario los observadores europeos que vienen de paso, no han proclamado todavía, es el grande hecho que los actuales habitantes de la América, que hallaron **salvajes o semisalvajes** los contemporáneos de Colón, **son el mismo hombre prehistórico** de que se ocupa la ciencia en Europa, estando allí extinguido y aquí presente y vivo, habiendo allá dejado desparramadas sus armas de sílex, mientras aquí las conserva en uso exclusivo, con su arte de labrarlas, y con todas las aplicaciones que de tales instrumentos de piedra hacían [...]” (36)

“Al hablar, pues., de los indios, por miserable que sea su existencia y limitado su poder intelectual, **no olvidemos que estamos en presencia de nuestros padres prehistóricos**, a quienes hemos detenido en sus peregrinaciones e interrumpido en su marcha casi sin accidente perturbador a través de los siglos.” (37)

Esto no pretende disminuir ni justificar el racismo de Sarmiento (que era y es el racismo de buena parte de la sociedad Argentina), sino respetar sus peculiaridades. Porque las ambigüedades y tensiones del pensamiento sarmientino se entretejen con las específicas manifestaciones de racismo en Argentina, donde la opresión, discriminación, prejuicio y categorización racial fueron articulados en un discurso racial que careció de las formas más explícitas de institucionalización que caracterizaron, por ejemplo, a las sociedades de Estados Unidos y Sudáfrica –cuyas formaciones raciales son usualmente consideradas como *el* racismo.²⁶ El peculiar discurso racializado de la civilización que impregnaba el

²⁵ *Conflictos*, 119.

²⁶ En este sentido, la noción de raza de Sarmiento, traducida al siglo XX, parece más cercana a la etnicidad que a la raza, cosa que de ningún modo impide la emergencia del racismo, como ha mostrado Paul Gilroy para el caso de la articulación cultural de la diferencia en el racismo británico contemporáneo (“One Nation under the Groove: The Cultural Politics of ‘Race’ and Racism in Britain”, en Geoff Eley and Ronald Grigor Suny (eds.), *Becoming national, op. cit.*, 1996). Esta imbricación entre raza y cultura ya era claramente percibida por Jauretche, quien sostuvo en relación a la estigmatización del obrero peronista como “cabecita negra”: “Podríaís creer que la referencia no es racista sino cultural, pero cultura y raza se identifican y lo que originariamente es intelectual se hace anatómico y viceversa” (*El mediopelo, op. cit.*, p. 359) Ver también Peter Wade (*Race and Ethnicity in Latin America*, Pluto Press, London, 1997), quien sostiene que etnia y raza no poseen significados opuestos, sino que constituyen dos modos de conceptualizar la diferencia

pensamiento de Sarmiento y de su sociedad permitió a sus elites encabezar una guerra de exterminio contra los “salvajes” que ocupaban el “desierto” —así como a no preocuparse por “ahorrar sangre de gaucho” en la guerra con el Paraguay—y, al mismo tiempo, otorgar ciudadanía formal y educación gratuita e incluso obligatoria a todo hombre nacido o naturalizado argentino. Existieron, ciertamente, límites y condicionamientos: las “razas” consideradas inferiores —aunque nunca fueron legalmente codificadas como tales—debían aceptar las reglas de la *civilización* —que era, claramente, una civilización *blanca*-, particularmente la propiedad privada de la tierra, aunque no se reducía a ello. De lo contrario, lejos de recibir derechos de ciudadanía y educación libre y gratuita serían físicamente eliminados.²⁷ La civilización era, ante todo, un proyecto civilizador y sus instrumentos no se redujeron a la inmigración ultramarina y la educación.

El carácter blanco, europeo, de la *civilización* permanece siempre implícito, como un bajo continuo que no por quedar en segundo plano deja de constituir la base necesaria de todas las reflexiones construidas sobre ella. Pero incluso en ocasiones se hacía explícito, como cuando el propio Sarmiento reseñara sus intenciones al escribir *Conflicto*, libro con el que quería explicar las peculiaridades de la aplicación a Sudamérica de “las instituciones libres hechas para pueblos civilizados, dirán unos, -cristianos, les apellidarán otros-, pero en todo caso europeos, blancos, herederos de las adquisiciones de los siglos”.²⁸ Cita que no deja lugar a dudas acerca del carácter racial que, para Sarmiento como para tantos otros, tenía la propia idea de civilización: la civilización era europea, blanca, y cualquier intento de aplicarla a otras “razas”, si no resultaba necesariamente imposible, requería al menos de enormes esfuerzos prácticos e intelectuales

En *Conflicto y armonías de las razas* podemos ver que, como a lo largo de toda su vida, Sarmiento estaba primordialmente preocupado por los caminos exitosos hacia la

construidos a partir de los mismos elementos, aunque con énfasis diverso. Nuevamente, esto no significa borrar por completo las distintas consecuencias que acarrea el predominio de una u otra construcción cultural, como Wade tiende a concluir por momentos (“the criteria for classification has little relevance”, sostiene en “Race, Nature and Culture”), ya que, aunque no constituyan polos opuestos, difícilmente sea indiferente que la diferencia se construya como primordialmente histórica y cultural o, en cambio, como una esencia biológica.

²⁷ Existió también un sutil mecanismo institucional, ya que los territorios conquistados al indio, dónde continuó viviendo buena parte de los militarmente derrotados, fueron considerados Territorios Nacionales sin derechos de ciudadanía política, excepto en las elecciones municipales.

²⁸ “Las elecciones aztecas y los quichas”, *El Nacional*, enero de 1883, en *OC*, XXXVII, 347, cit en Ingenieros, p. 9

civilización, cuya valoración positiva no precisaba, para Sarmiento, mayores justificaciones. La Civilización sintetizaba todo lo que él consideraba bueno: republicanism, libertad verdadera, industria, laboriosidad, progreso, etc, tal y como todos estos rasgos habían encarnado en los Estados Unidos, que representaban el mayor nivel de civilización alcanzado por la humanidad –de hecho, por su raza más avanzada, la raza blanca, más específicamente, la anglosajona. Y esto se le presentaba a Sarmiento como un hecho fuera de discusión. A pesar de ello, Sarmiento daba otra justificación algo sorprendente: si las naciones latinoamericanas no mostraban ser capaces de autogobierno y progreso corrían el riesgo de ser recolonizadas por los Estados Unidos o por algún país europeo:

“¿Sintiéndose varias naciones preocupadas de la necesidad de expansión, no les ocurrirá la idea de recolonizar esta retardataria América en su provecho [...] [...]”

“¡Oh, gloria de la especie humana! No coloniza ni funda naciones sino el pueblo que posee en su sangre, en sus instituciones, en su industria, en su ciencia, en sus costumbres y cultura todos los elementos sociales de la vida moderna [...] Colonizan el mundo deshabitado por las razas privilegiadas los que poseen todas aquellas dotes [...].”

“¿Qué deberíamos hacer los americanos del Sur, para no ser distanciados de tal manera que no se haga cuenta de nosotros en treinta años más, o tener que resistir a las tentativas de recolonización de los que pretenden que está mal ocupada esta parte del continente subsidiario del europeo?”

“Preparar la respuesta a esta pregunta es el objeto de este libro”.²⁹

En busca de esa respuesta, Sarmiento interroga las posibles causas explicativas del maravilloso éxito de la civilización en los Estados Unidos y, como contracara, de los enormes obstáculos que el sur del mismo nuevo continente encontraba para alcanzar tan anhelado estado de sociedad. Esquemáticamente, la respuesta se le presentaba cristalina: mientras el sur había sido colonizado por una raza española “que no salía de la edad media al trasladarse a América y que absorbió en su sangre una raza prehistórica servil”,³⁰ el

²⁹ *Conflicto*, p. 354-355. Esta idea (¿podemos llamarla proto anti-imperialista?) ayuda sin duda a comprender el algo sorprendente elogio que un indigenista peruano hiciera a Sarmiento: “He hecho en Europa mi mayor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales. Sarmiento, que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fue en su época un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino.”, José Carlos Mariátegui, 1928, citado en Svampa, p.45.

³⁰ *Conflicto*, pp. 351-352. En el capítulo dedicado a los conquistadores (pp. 147-152) sostenía que los españoles agregaban (en su demérito) a los rasgos medievales católicos el fanatismo propio de los moros que

norte había sido colonizado por la raza anglosajona, que no sólo arrastraba consigo centurias de autogobierno, sistema representativo, espíritu liberal, virtud, industria y libertad de pensamiento, sino que también rechazó mezclarse con las “razas indígenas”. Estas diferencias de origen (similares a las que Mitre veía al interior de la América latina, entre la colonización del Perú y la del Río de La Plata) acarrearón el establecimiento de sociedades bien diferentes, con características económicas, sociales, culturales, religiosas y políticas distintas; una capaz de desarrollar la civilización hasta sus más altas posibilidades históricas, la otra predispuesta a degenerar hasta la barbarie.

¿Sudamérica estaba totalmente incapacitada para alcanzar la civilización? No exactamente, pero se requería de una acción política clara y decidida, sin concesiones, para revertir los efectos de dicho pasado. La tarea se presentaba particularmente ardua porque no se trataba de civilizar sólo a los salvajes, sino a la misma raza blanca que supuestamente debía lograr ese objetivo: los españoles, que habían degenerado por siglos de atrofia mental –e incluso craneal– producida por la España oscurantista y su Inquisición. La raza civilizadora debía, a su vez, ser civilizada. La tarea era difícil pero no imposible, ya que las razas inferiores –incluidos los españoles– eran productos de la historia y, por lo tanto, el progreso era también posible para ellas –al menos en teoría. Y aunque hasta entonces la mezcla de razas entre españoles e indígenas había sido completamente negativa, la “sangre indígena” no degeneraba necesariamente a la raza blanca. Por el contrario, la “sangre indígena” podía ser corregida insuflándole “ideas modernas” y así acabar con la edad media, cosa que ya estaba ocurriendo, según clamaba Sarmiento, con la inmigración de otras razas europeas.³¹ A pesar de los numerosos obstáculos, los países latinoamericanos podían participar de ese “privilegio anglo-sajón”, tal y como mostraba la significativa llegada de inmigrantes a las costas del Río de La Plata.³² En consecuencia, la barbarie que caracterizaba a las naciones de América Latina como consecuencia de las razas que les

no habían sido expulsados por una “reconquista”, sino vencidos por unos pueblos aún más bárbaros que ellos. La península Ibérica había sido siempre refractaria a la civilización en gran medida por su situación geográfica, separada de Europa por los Pirineos. No contento con esta separación del resto de Europa, Sarmiento intentó ligarla a determinaciones más profundas incluso que la geografía: “La España es una península que se aparta en cuanto puede de la Europa a que pertenece por su geografía, aunque por su geología sea africana o atlántica” (Id., p. 147). La idea de que España no era estrictamente parte de Europa, claro, era muy anterior: ya estaba también en *Facundo*, p. y en sus *Viajes* (edición crítica coordinada por J. Fernández, Madrid, Buenos Aires, etc., ALLCA XX, 1997, pp. 166-7).

³¹ *Conflicto*, pp. 351-352.

³² *Conflicto*, pp. 352-353.

habían dado origen, podía ser corregida por medio de los dos viejos métodos cuya aplicación ya estaba en curso en el Río de la Plata: educación e inmigración europea.³³ La exasperación de Sarmiento provenía por ello de la terquedad de las elites, ya que incluso la educación primaria continuaba encontrando eventualmente las “resistencias invencibles de la apatía y egoísmo de la raza blanca”. Y a esta última se dirigía, sobre todo, *Conflicto y armonías*, ya que no creía posible la civilización “mientras [la raza blanca, civilizadora] no reconozca el principio etnológico que la masa indígena absorbe al fin al conquistador y le comunica sus cualidades e ineptitudes, si aquél no cuida de trasmitirle, como los romanos a galos y españoles, a más de su lengua, sus leyes, sus códigos, sus costumbres y hasta las preocupaciones de raza, o las creencias religiosas prevalentes”.³⁴

Por otro lado, resulta bastante claro que no era fácil adoptar sin transformar el racismo europeo para un grupo social que de hecho ocupaba, en aquel sistema racial, una posición inferior entre las razas blancas. Por añadidura, y en contraste con lo sucedido respecto de las poblaciones negras en Estados Unidos y Sudáfrica, por ejemplo, la clase dominante argentina no deseaba tanto los cuerpos de las razas inferiores como sus tierras. Esto significaba, por un lado, que no había necesidad de proclamar la inferioridad eterna de los indígenas una vez que sus tierras fueron ganadas por medio de la guerra; pero por otro lado, que no había estímulo para evitar el genocidio durante la guerra por las tierras. La exposición esquemática de estos factores económicos tampoco pretende asimilar a los terratenientes con Sarmiento. En su caso, sin embargo, existió la misma falta de necesidad por una estigmatización racial eterna; de hecho, lo contrario es más cercano a la verdad. El proyecto político de Sarmiento no era amenazado por las razas inferiores —ni siquiera por los pobres— sino por su grado de madurez mental. Una verdadera república, tal como era vista por Sarmiento, no era amenazada por la posibilidad de un levantamiento de las clases bajas que pudiera arrebatar el poder de manos de la elite, sino por la negligencia de la

³³ Cabe señalar el silencio de Sarmiento respecto del otro “remedio” favorecido por él en la práctica, si no en teoría: la guerra de exterminio, en la cual, como estadista, puso tanto empeño como en estimular la inmigración y la educación popular. A lo largo del libro, sin embargo, esta táctica civilizadora aparece cubierta por un velo. La Guerra de la Triple Alianza, por ejemplo, es presentada como un paso necesario en el proceso civilizatorio, a pesar de lo cual el genocidio cometido contra el pueblo paraguayo, que no es estrictamente ocultado, no aparece tampoco perpetrado por los ejércitos de Argentina, Brasil y Uruguay. Por el contrario, la gran mayoría del pueblo paraguayo aparece como “sacrificada” por los salvajes guaraníes, pervertidos más que civilizados por la nefasta influencia de los (blancos) Jesuitas, primero, y del (blanco) Dr. Francia, después. Ver particularmente *Conflicto*, pp. 54-61 y 189-197.

³⁴ *Conflicto*, p. 356.

propia elite, cuyas distintas facciones enfrentaban sus diferencias por medio de la movilización, cual caciques, de seguidores de las razas inferiores,³⁵ en vez de llamar a la participación y apoyo de una ciudadanía racional y autónoma.

Tanto en la modernidad argentina como en el pensamiento de Sarmiento, los individuos de las “razas inferiores” podían superar sus “limitaciones” y participar de los frutos de la civilización (blanca).³⁶ Ciertamente esto era más en la teoría que en la práctica, pero no deja de constituir una importante diferencia respecto de formaciones raciales más institucionalizadas, como las de Estados Unidos y Sudafrica. Aun así, esas posibilidades sólo existían para los individuos en tanto que individuos (quienes ciertamente debían enfrentar más obstáculos que aquellos considerados blancos). Las consideradas razas no blancas –e incluso, aunque en menor medida, las razas blancas pervertidas— en tanto que tales, en tanto que conjuntos humanos con sus características culturales, lingüísticas y sociales, amén de sus rasgos fenotípicos percibidos como racialmente distintivos, estaban condenadas a desaparecer. Después de todo la civilización era un proyecto blanco-europeo y la blanquitud constituyó, sin duda, un lado oscuro del proyecto civilizador de Sarmiento.³⁷

El excepcionalismo argentino: Mitre y “los gérmenes de una sociedad libre”

Sarmiento no fue el único que, durante el siglo XIX, mostró preocupación por la composición racial de Argentina. Y en momentos de optimismo y fe en el futuro (que no fueron pocos) otros postularon la dominancia –aunque no la exclusividad- del factor blanco europeo, a fin de mostrar que los otros componentes raciales –de cuya existencia no podían hacer abstracción- resultaban o bien insignificantes, o quedaban subsumidos bajo el componente dominante. Este fue el tipo de estrategias que postuló Mitre hacia 1876

³⁵ Razas inferiores que vienen así a reemplazar a quienes en *Facundo* había denominado “masas inespertas”, en notable similitud con las “masas en disponibilidad” e inexpertas de G. Germani: “no se renuncia [a la lucha en pro de la civilización] porque todas las brutales e ignorantes tradiciones coloniales hayan podido mas en un momento de extravío en el ánimo de masas inespertas” (14)

³⁶ De manera sutil, Sarmiento parece sugerir que los casos de San Martín y de Rivadavia, con su “color tostado” eran ejemplos de tal posibilidad. *Conflicto*, p. 225.

³⁷ Para las tensiones que atraviesan a las ideologías de mestizaje entendido como blanqueamiento, ver Peter Wade “The language of race, place and nation in Colombia”, *América Negra* 2, 1991.

Las ambigüedades y dudas de Sarmiento también se encuentran, con menor intensidad, en Bartolomé Mitre, quien seguramente planteó por vez primera una imagen –que sería particularmente duradera- de la historia de la nación argentinas de forma orgánica y coherente. El “padre de la historiografía Argentina” había publicado en los años 1858 y 1859 una historia de Belgrano y la Independencia Argentina en la que prácticamente todos los tópicos del progresismo liberal de la generación del 37 eran presentados como curso natural de una historia en la que el héroe, Belgrano, había actuado como un decidido promotor de esos mismos valores: la libertad de comercio como puerta de entrada del progreso y ambos como preparadores de la revolución política; el rol de la educación del pueblo soberano, de la prensa y las asociaciones en la construcción de la república, etc. Pero también aparece en Mitre una peculiar convivencia entre necesidad y libertad para explicar la formación de la nación argentina y de su momento clave, la revolución de Mayo.³⁸ Así, al mismo tiempo que nos muestra el papel central jugado por Belgrano y sus ideas, el principio de la soberanía popular aparece *in nuce* en la sociedad y las instituciones de la colonia. Y será sobre ese terreno fértil que actuará nuestro héroe recientemente llegado de Europa, donde sus estudios sobre las ideas políticas y económicas liberales (realizadas bajo “un gobierno absoluto, aunque ilustrado” y con especial permiso del Rey y del Papa) recibirán la repentina iluminación de la Revolución Francesa, que provocará en él otra “revolución no menos radical”: una “transfiguración moral que hace presentir al futuro campeón de la libertad de un pueblo oprimido”³⁹. Pero será en la tercera edición de su obra, de 1876, que Mitre elabore cabalmente una teoría del carácter inherentemente liberal, republicano y democrático de Argentina; y para entonces, la configuración racial de la sociedad argentina se le presentará como un tema ineludible

En efecto, en la introducción de la tercera edición de su *Historia de Belgrano*, de 1876, Mitre nos ofrece una visión global y sintética que procura “ligar las causas a sus efectos, al dar una idea de la constitución social, política y geográfica del país en que los sucesos que vamos a narrar se desenvuelven, obedeciendo a la ley fatal de su organismo propio”.⁴⁰ En

³⁸ Natalio Botana, *La libertad política y su historia*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1991, cap. III

³⁹ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, 1859, p. 65.

⁴⁰ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Buenos Aires, Anaconda, 1950 (todas las citas que siguen corresponden a la Introducción que Mitre agregó a partir de la 3ª edición, de 1876), p. 20

esta síntesis reaparece el medio determinando algunos cursos históricos: los grandes ríos permiten el desarrollo del comercio y, con él, del progreso; y la posición de Buenos Aires como puerto de la única entrada fluvial le otorga igualmente posición privilegiada para motorizar las ideas modernas.⁴¹ También se mantiene la importancia de las ideas y de los móviles de los grandes hombres. Pero aparece asimismo un elemento novedoso que articula y da particular coherencia a su idea de que el Río de la Plata estaba predestinado a un futuro liberal, republicano y de progreso. En efecto, allí postuló con toda claridad que la región del Plata se había diferenciado del resto de las colonias españolas desde el momento mismo de la conquista, y lo había hecho en un sentido que la aproximaba a la de las colonias inglesas de América del Norte. Mientras en la región andina y mesoamericana unos conquistadores rapaces y aventureros (representantes de lo más atrasado no sólo de Europa sino de la misma península Ibérica) habían conquistado e impuesto el feudalismo sobre unos pueblos semicivilizados –lo que por añadidura había dado lugar a una mezcla racial escasamente envidiable–, nada similar había ocurrido en el Río de la Plata. Aquí, en primer lugar, habían arribado españoles de orígenes más adelantados: “verdaderos inmigrantes”, en general de origen vizcaíno, “verdaderos colonos en el sentido de poblar y civilizar”, que habían traído no sólo aptitudes guerreras, sino también espíritu municipal y preparación para el trabajo. En segundo lugar, no habían encontrado ni minerales preciosos ni pueblos indígenas a los que someter. El resultado habría sido la conformación de una “democracia rudimental”, basada en la escasez, el trabajo y el esfuerzo repartido de todos. La nación comenzaba así ligada a las nociones más avanzadas de la civilización occidental. Era también más promisoría en su composición racial:

“Tres razas concurren [...] al génesis físico y moral de la sociabilidad del Plata: la europea o caucásica como parte activa, la indígena o americana como auxiliar y la etiópica como complemento. De su fusión resultó ese tipo original, en que la sangre europea ha prevalecido por su superioridad, regenerándose

⁴¹ “La constitución geográfica contribuía poderosamente a estos resultados. La pampa inmensa y continua daba su unidad al territorio. El estuario del Plata centralizaba todas las comunicaciones. Los prados naturales convidaban a sus habitantes a la industria pastoril. Su vasto litoral lo ponía en contacto con el resto del mundo [...]. Su clima, salubre y templado, hacía más grata la vida y más productivo el trabajo. Era pues, un territorio preparado para la ganadería, constituido para prosperar por el comercio y predestinado a poblarse por la aclimatación de todas las razas de la tierra”. *Idem*, p. 23

constantemente por la inmigración; y a cuyo lado ha crecido mejorándose esa otra raza mixta del negro y del blanco, que ha asimilado las cualidades físicas y morales de la raza superior.”⁴²

La población argentina no era homogéneamente blanca, pero la mezcla no había sido nefasta, puesto que en ella predominaba la parte europea. Dentro de Sud América, el Río de la Plata ofrecía “el único ejemplo de una sociabilidad hija del trabajo productor”; y sólo en el Río de la Plata se daba una hermandad entre españoles e indígenas:

“Los indígenas sometidos se amoldaban a la vida civil de los conquistadores [...]; sus mujeres constituían los nacientes hogares, y los hijos de este consorcio formaban una nueva y hermosa raza en que prevalecía el tipo de la raza europea con todos sus instintos y con toda su energía, bien que llevara en su seno los malos gérmenes de su doble origen.”⁴³

Y esta mezcla no afectaba sólo a la plebe, sino que se presenta caracterizando a la sociedad criolla en su conjunto, incluida su elite:

“La raza indígena, sin extinguirse totalmente, y su sangre mezclada con la sangre europea, fecundaba una nueva raza destinada a ser la dominadora del país [...]. Así se ve que a los treinta y ocho años de ocupado el Río de la Plata, los hijos de los españoles y de las mujeres indígenas eran considerados como españoles de raza pura y constituían el nervio de la colonia [...] ellos tomaban parte en las agitaciones de la vida pública inoculando a la sociedad un espíritu nuevo. De su seno nacían los historiadores de la colonia, los gobernantes destinados a regirla, los ciudadanos del embrionario municipio, y una individualidad marcada con cierto sello de independencia selvática que presagiaba el tipo de un pueblo nuevo, con todos sus defectos y calidades”⁴⁴

Sintéticamente expuesto, este fue el razonamiento que encontró Mitre para conjurar los fantasmas de las razas inferiores que lo acosaban, y justificar su idea de una Argentina nacida con los gérmenes de la libertad y la democracia, bienes preciados e indiscutibles que, por añadidura, eran considerados europeos de origen si no en esencia. Pero este intento de conjurar los elementos de mezcla que conformaban la nación no era suficiente para reconocerse al mismo nivel que las más civilizadas sociedades europeas. De aquí el

⁴² *Idem*, p.31. La interpretación de la historia de Mitre pronto se hizo canónica. Ciertamente, el aspecto que más énfasis recibiría en el futuro sería el del carácter liberal y democrático de la nación desde sus mismos orígenes, pero también veremos reaparecer su interpretación acerca de la mezcla racial en emisores mucho menos extraordinarios. Seguramente tenía el modelo mitrista en mente el presidente Ortiz cuando, en mayo de 1941 afirmaba: “La democracia es racial e histórica y por eso traduce los hondos sentimientos de libertad e igualdad civil y política constitutivos de las características dominantes en nuestra idiosincracia. Cualquier régimen contrario a aquellos sentimientos conspiraría contra la fuerza moral y la cohesión alcanzadas por el país...”. Cit en Andrés Bisso, *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005, p. 146.

⁴³ *Historia de Belgrano*, p. 22

⁴⁴ *Idem*, p. 23.

énfasis en la inmigración como política no sólo de poblamiento y civilización, sino también de blanqueamiento –elemento que ciertamente se hallaba también implícito en la faz civilizatoria.

Por otro lado, Mitre reconocía que el interior argentino había tenido una historia de colonización bien distinta (más cercana a la del Perú que la había originado) y que el atraso feudal así generado era causa principal de los conflictos entre Buenos Aires y las provincias. Pero en la conformación de la nación, ese interior distinto era subsumido a Buenos Aires (que era “el alma y la cabeza” de las Provincias Argentinas) del mismo modo que, en Buenos Aires, lo eran las “razas inferiores” respecto del elemento superior de origen europeo.

* * *

Como se ve, tampoco en Mitre encuentra pleno sustento el mito de la Argentina homogéneamente blanca, aunque su lectura dista mucho de ser una reivindicación del mestizaje. En el siglo XX se terminarán por borrar prácticamente todas las dudas respecto del origen y características étnico-raciales de la población argentina, pero en el XIX las certezas eran menores y las dudas numerosas. En Mitre predominan las certezas, fundadas en una visión optimista de sus capacidades presentes y las posibilidades de futuro. El viejo Sarmiento, en cambio, asiste algo descorazonado a un presente que no era el futuro que había imaginado en su juventud. Los reparos de Mitre pasan a primer plano en Sarmiento y la América mestiza se le presenta como evidencia inexcusable y obstáculo insoslayable, incluso en el centro mismo de la cosmopolita Buenos Aires. La posteridad parece haber escogido al Sarmiento de *Facundo* (triumfo de la civilización mediante) y a Mitre, con su peculiar sociabilidad rioplatense. Pero entre ambos fenómenos se insertan otras luchas que merecen ser sacadas del olvido, y no sólo las dudas del viejo Sarmiento.

Tanto Mitre como Sarmiento propusieron lecturas sobre la composición racial argentina susceptibles de ser resignificadas por otros argentinos de otras épocas; pero esas relecturas, con sus consiguientes traspasamientos semánticos, no se hallaban de ningún modo predeterminadas y deben estudiarse como un proceso cambiante, prestando atención a las distintas configuraciones y las tensiones, conflictos y luchas concretos de cada caso. Si bien es cierto que las representaciones sociales de la nación poseen algunos rasgos de

longue duree, parece a todas luces más fructífero partir del reconocimiento de que no fueron una invención mágicamente cristalizada en un momento y para siempre, sino el producto de diversas luchas históricas. A pesar de la idea de fijación esencial (biológica) que transmite, la *raza* es una categoría social conformada a partir de luchas políticas múltiples y, en tal sentido, el concepto es intrínsecamente conflictivo y contradictorio, acarreado en sí mismo un fuerte sentido de realidad visible y tangible, al tiempo que “la fluidez y adaptabilidad del discurso racial impide la cristalización de un significado singular del término.”⁴⁵ Si el sentido varía históricamente, entonces se abre un campo para rastrear las variables conformaciones históricas de la idea de argentina como nación blanca; del sentido mismo de lo blanco, y de sus relaciones con los otros considerados no-blancos.

⁴⁵ Poole, Deborah (2004). “An Image of ‘Our Indian’: Type Photographs and Racial Sentiments in Oaxaca, 1920-1940”, *Hispanic American Historical Review* 84: 1, p. 40..